

especial á la Cabeza de la Iglesia en lo respectivo á las misiones, tanto entre los cristianos como entre los infieles. Y á fin de conservar la órden en un estado floreciente, conservando en ella los sugetos sábios, no solamente debian comprometerse estos profesos á no aspirar á prelación alguna, sino tambien á no aceptarla, á no ser por un mandato espreso y riguroso del Sumo Pontífice. Un tercer grado, sin contar los hermanos legos, es el de los estudiantes llamados aprobados, como haciendo parte de la compañía, aunque estén todavía en el camino durante sus estudios, y no en el término. Estos no se obligan más que por votos simples, con promesa de hacer en lo sucesivo los votos de profesos ó de coadjutores, y la compañía tenia la facultad de dispensar de esta primera obligacion por justas causas. El ejemplo de otras órdenes en donde los profesos descontentos no son más que objeto de disturbio y escándalo, movió al santo fundador de los jesuitas á dejarles toda la larga duracion de sus estudios, sin contraer un empeño irrevocable. Por este medio purgaba su órden de estas pestes domésticas, y hacia inútiles en ella aquellas prisiones aborrecidas que causan otro género de escándalo á las gentes del mundo.

En cuanto al general de la órden, dispuso el Santo que fuese perpetuo, en atencion á la dificultad de hallar gran número de personas capaces de un encargo tan importante. Consideraba asimismo que una cabeza que no es perpetua, rara vez intenta grandes cosas, y que la perpetuidad sirve sobre todo para

conciliarle la reverencia y sumision de los inferiores. Supuesto que en su plan todo se dirige al bien general del cuerpo, quiso que el gobierno tuviese nervio, prontitud en la egecucion, y por consiguiente que la autoridad fuese mas absoluta y estensa en la cabeza. Este general era dueño de todo: él creaba los provinciales y los superiores de las casas profesas, los rectores de los colegios y noviciados. Mas á fin de que no abusase de este gran poder, tenia asistentes escogidos en las naciones diversas por la congregacion general de la órden; y aunque fuesen habitualmente como sus ministros encargados de aliviarle en sus trabajos, eran al mismo tiempo inspectores de su conducta, con potestad, si el caso lo requeria, de juntar, á pesar suyo, la congregacion para deponerle en forma auténtica. Si el mal era urgente, tenian derecho de proceder por sí mismos á la deposicion, despues de haber tomado por cartas los votos de las provincias. Para los casos ordinarios tenia el general cerca de su persona, así como los superiores locales, un admonitor, elegido igualmente por la compañía congregada, y encargado de representarle lo que él ó los asistentes hubiesen notado de irregular, ya en su gobierno, ó ya en su conducta. Para este mismo fin las congregaciones provinciales que se celebraban cada tres años, debian comenzar por deliberar sobre si era necesario juntar la congregacion general. Los diputados enviados luego de las provincias á Roma, debian deliberar unos con otros sobre este punto delicado sin la participacion del general; y en la

asamblea que se tenia para esto, se opinaba por escrutinio á fin de que nada pudiese impedir la libertad de los votos.

Fijado el general en la capital del mundo cristiano, para que conociese tanta multitud de súbditos esparcidos en todas las naciones, debian darle cuenta de ellos anualmente sus superiores respectivos. Además se le enviaba de tres en tres años de cada provincia un catálogo en que iba señalada la edad de cada uno, su capacidad, sus talentos, sus progresos en la ciencia y en la virtud, en una palabra, todas sus cualidades buenas ó malas: un diputado de cada provincia le llevaba á Roma á fin de suplir de viva voz la insuficiencia del escrito. Cuando se trataba de admitir alguno, fuese á los grados diferentes de profesos ó coadjutores, ó fuese á las superioridades de la compañía, se procedia á nuevas informaciones de su vida y de su idoneidad por cuatro personas que no eran conocidas, porque las enviaba el general con un secreto impenetrable. Para mantener la armonía conveniente entre la cabeza y los miembros, los provinciales y rectores le escribian tambien á lo menos todos los meses; los consultores, que lo eran el mayor número de profesos, le debian escribir dos veces al año; y todos los particulares en fin, profesos ó no profesos, jóvenes ó viejos, podian dirigirse á él cuando les pareciere, con la libertad y familiaridad respetuosa que tienen los hijos con su padre. Aunque los asistentes, que tenian el nombre del pais de donde eran originarios, y aun tenian por lo comun la

confianza de sus compatriotas, fuesen el canal ordinario por donde estos acudian al general, por poco sospechosos que se hiciesen, ó por cualquiera otra razon, podian dirigirse á él inmediatamente. Tal era en substancia el instituto de San Ignacio, demasiado famoso para no hablar de él: llegó despues á ser tan conocido, que no es necesario decir mas. Fue Ignacio de un talento penetrante, y el mas versado tal vez en el arte profundo del gobierno político, el cual aseguraba que con este código religioso pudiera gobernar el imperio del universo.

21. Esta compañía, que al principio se limitó á sesenta profesos, vino en breve á ser innumerable: floreció en todas las regiones de uno y otro emisferio, sobre todo en España donde habian nacido sus primeros padres, en Portugal, y hasta en las estremidades de las Indias; en todos los paises de Italia, en las mejores ciudades de Alemania, y aun en los reinos heréticos del norte. De todos los paises católicos, la Francia, que era su cuna, fue sin embargo el reino en que sus progresos caminaron con mas lentitud; porque la guerra que continuaba con ódio entre Carlos V y Francisco I, impedía que se mirase allí con buenos ojos una sociedad cuya cabeza y miembros principales eran españoles de naturaleza. Alcalá, Gandía, Colonia, Lovaina, Pádua, fueron las primeras ciudades donde tuvo establecimientos fijos; y la actividad de estas ciudades escitó de tal modo la emulacion, que en diez y seis años que Ignacio sobrevivió á la confirmacion de su instituto, este orden, que habia comenzado por sesenta profesos, se derramó en

todos los climas que ilumina el sol, y se hizo uno de los mas numerosos de la Iglesia.

22. Antes de esta multiplicacion asombrosa, y mientras que los primeros cooperadores de Ignacio, animados de su espíritu, suplían á su corto número por la grandeza de sus trabajos, el mismo Ignacio hacia en Roma obras de edificacion sin egemplar antes de él, y marcadas todas con el sello de su alta prudencia, no menos que de su celo apostólico. Siendo general de un orden elogiado en todas las naciones y buscado por todos los Soberanos, no se desdenaba de servir á los enfermos en los hospitales, y de enseñar á los niños el catecismo en público, adonde acudieron bien pronto los padres y madres, una multitud de hombres y mugeres de calidad, hábiles teólogos y sábios de toda especie. Retirábanse de sus instrucciones en silencio con las lágrimas en los ojos, y la compuncion tan vivamente impresa en el corazon, que muchos, queriendo confesarse inmediatamente, apenas podian proferir algunas palabras, porque las interrumpian sus sollozos. A su egemplo se debió que los superiores de la compañía tomasen la costumbre de explicar por cuarenta dias el catecismo cuando entraban en su ministerio. Viendo en los hospitales que la mayor parte de los enfermos no se confesaban hasta los últimos momentos, en los que la penitencia es casi siempre inútil, inclinó al Papa, conforme á una ordenanza antigua ya inusitada, á prohibir á los médicos hacer antes de la confesion mas de dos visitas á los enfermos; lo que se observa todavía muy exactamente en Italia.

Convirtiéndose en tropel los pecadores mas endurecidos, y aun abriendo los judíos los ojos á la verdad, para que el temor de la miseria no les impidiera el declararse, el padre Ignacio les suministró primero un asilo en su casa; pero creciendo su número de dia en dia, por el egemplo de los principales de la sinagoga que desengañaban á los otros, estableció, con los socorros de almas piadosas, una casa para instruir á los judíos que pedían el bautismo. Este hombre poderoso en palabras hizo tambien establecer contra un abuso muy asombroso bajo el gobierno pontificio, que los hijos de los judíos que abrazasen el cristianismo contra la voluntad de sus padres, heredarían de ellos como si no hubiesen mudado de religion. Las mugeres disolutas, no menos difíciles de convertir que los judíos, fueron sucesivamente el objeto de su celo. A la verdad habia ya un monasterio de arrepentidas, establecido en Roma bajo el título de Santa Magdalena; pero como solo se recibían en él aquellas que querían ser religiosas, y entre las mismas penitentes no son todas llamadas á este estado, y esto sin contar las que están ligadas con el vínculo del matrimonio, formó Ignacio el designio de un establecimiento, donde las jóvenes seculares y las mugeres casadas pudiesen ser indistintamente admitidas. Le descubrió á varios señores, y todos se lo aplaudieron; pero nadie queria comenzar á poner manos á la obra. Habíanse desenterrado las ruinas de algunos palacios antiguos, en una plaza que pertenecia á la casa profesa: Ignacio las vendió por cien ducados que puso á

parte; y yendo á visitar á los señores que no se atrevían á empezar la obra propuesta; „ved aquí, les dijo sonriéndose, dado el primer paso, ahora solo resta que me ayudéis.” Todos contribuyeron liberalmente, y en pocos meses quedó edificado un grande monasterio, bajo el nombre de Santa Marta. Como dijese todavía al Santo que perdía el tiempo, y que jamás podría contar con la conversion de aquellas infelices; „una sola noche que yo logre que ellas dejen de cometer pecados, respondió, será una recompensa muy lisongera de mis trabajos.”

Con igual solicitud cuidó de aquellas jóvenes que por falta de bienes ó de educacion se hallaban en el peligro de abandonarse; é hizo establecer para ellas otro monasterio bajo el nombre de Santa Catalina. Ocupóse luego en la subsistencia de los huérfanos, y halló medio de fundarles en Roma dos casas, una para muchachos, y otra para niñas. Todos estos establecimientos fueron ideados con tanto acierto, que han subsistido siempre despues, y han pasado de Roma á la mayor parte de las naciones cristianas. La conducta que el Santo guardaba en estas instituciones, no era menos edificante que la institucion misma. Interesaba en ellas á las personas piadosas y ricas; empeñaba á algun virtuoso cardenal á hacerse su protector; tomaba medidas discretas para la administracion, así espiritual como temporal; y cuando la máquina bien montada podia andar por sí misma, tenia la costumbre de retirarse, á fin de que aquellos á quienes su modestia cedia la gloria de la

buena obra, tomasen en ella un interés mas vivo.

23. Mientras disponia sus constituciones, fue visitado Ignacio por el famoso Bernardino Ochino ú Oxini, vicario general de la reforma introducida, como se ha visto, en el orden de San Francisco el año 1525, primero bajo el nombre de menores ermitaños, al cual sucedió el de capuchinos, á causa de la forma extraordinaria de sus capillas. Ochino no la abrazó hasta nueve años despues de su institucion; y es contra toda verosimilitud, y únicamente propio del ánimo de calumniar con una infamia imaginaria á una orden especialmente adicta á la fe romana, el que varios impostores atribuyan la institucion á este apóstata (1). Es un hecho probado por todos los monumentos, que Matéo Baschi, fraile menor de la observancia, queriendo egercer una pobreza mas estrecha, obtuvo de Clemente VII el permiso de retirarse, de tomar un hábito particular, de recibir en su compañía á todos cuantos se presentasen, aunque todavía bajo la dependencia del general de la orden de San Francisco. Hasta el Pontificado de Paulo V no obtuvo su vicario general este título y la potestad anexa; y entonces esta congregacion empezó á multiplicarse de tal manera, que está dividida en el dia en mas de cincuenta provincias, en las que se han contado hasta veinticinco mil religiosos. Todo lo que puede presumirse de Ochino, relativamente á este instituto, es que coadyuvó en él á Baschi.

Ochino, austero, elocuente é intrépido, ponderó

(1) Bover. *Annal. Capuc.*

á Ignacio las máceraciones de que daba egemplo á los nuevos menores, y le instó fuertemente á introducir en su compañía otras semejantes. Su hábito tosco, su barba que le bajaba por debajo del pecho, sus brazos descarnados, que él procuraba descubrir, un aspecto de languidez afectada con mucho arte para anunciar la penitencia y la estenuacion de sus fuerzas, la grande reputacion de su mucha elocuencia, pues ninguno predicó jamás con tanto concurso y aplauso, la preocupacion general que le hacia mirar como un santo y un hombre extraordinario, todo este aparato alucinador no fue capáz de sorprender á Ignacio, el cual se horrorizó al solo pensamiento de una virtud que se desacreditaba con la ostentacion. Le advirtió que se guardase del espíritu de hinchazon y de vanidad, la que le nombró figuradamente llamándola el demonio del medio-dia. No tardaron los efectos en verificar los recelos del hombre de Dios. El orgullo es amigo de lo extraordinario y de la novedad. Las frecuentes conversaciones de Ochino con el español Juan Valdés, que habia llegado poco habia de Alemania á Nápoles, le inclinaron al nuevo evangelio (1). El despecho de no haber sido elevado al cardenalato á que aspiraba, no le permitió contenerse. Predicó el error con su ardimiento acostumbrado; y citado á Roma por el rumor público, hubiera tenido la audacia de presentarse en aquella capital, á no encontrar en el camino al famoso herege Pedro Martyr que se lo disuadió. Retiráronse ámbos á pais

(1) *Bzov. ad ann. 1542. = Tom. Const. Suplem. Munsbrin.*

seguro: Martyr á Suiza, y Ochino á Ginebra con una jóven de Luca, que empezó á corromper en el camino, y acabó casándose por último con ella.

Este miserable fue en breve objeto de horror á los mismos hereges, en tanto grado que no pudieron soportarle. Vióse reducido Ochino á vagar en Inglaterra, en Alemania y en Suiza, de donde le arrojaron por haber enseñado, entre otros errores, la poligamia. Refugiado en Polonia, dió allí en las impiedades del socinianismo, y espelido tambien de este reino, fue á morir en Moravia, de edad de mas de ochenta años, en la mas horrible miseria, y abandonado generalmente de todos los hombres, aquel á quien grandes y Príncipes se habian honrado en otro tiempo de recibir en sus palacios. Los protestantes, así como los católicos, no hablan de Ochino sin detestar su memoria. Los anales de los capuchinos refieren que murió penitente y mártir en Ginebra; pero el sábio obispo de Amelia, Graciani, que le habia conocido, y de quien hemos tomado su historia, parece mucho mas fidedigno.

24. Poco despues de este escándalo, Herman, arzobispo de Colonia, de la ilustre casa de los condes de Weiden, dió el egemplo de una apostasia casi igualmente asombrosa. Este prelado, de costumbres hasta entonces irrepreensibles, y aun celoso por la antigua fe, pero poco sábio y muy fácil, se dejó persuadir de algunos luteranos introducidos en su corte, á que la reforma pedida por todos los fieles debia entenderse, no menos de ciertos dogmas, que de

ciertos usos, y de lo que se llamaba tradiciones humanas contrarias á la palabra de Dios. Hizo venir bien pronto á Martin Bucero, y le estableció predicador en la ciudad de Bona: llamó despues á Melancton, Pistorio y algunos otros ministros protestantes no menos famosos. El clero y la universidad de Colonia, escitados por el docto y virtuoso Gropper, se opusieron á ello con mucho celo, haciéndole al principio representaciones enérgicas, las que fueron inútiles. El arzobispo, muy débil naturalmente, pero animado por los sectarios, llegó hasta proponer en una asamblea pública la mudanza de la antigua religion, y nombró ministros para estender los artículos de doctrina que pretendia substituir á aquella. El clero pidió, por el contrario, que despidiese á Bucero y á sus cólegas: en fuerza de esta negativa, interpuso el cabildo de la metrópoli una apelacion en forma al Sumo Pontífice y al Emperador, como protector de la Iglesia.

La pérdida de la fe siempre es ó la causa ó el efecto de la de las costumbres. El matrimonio tuvo para el arzobispo Herman el mismo atractivo que para todos los reformadores (1). Este prelado, engañado por falta de luces, se obstinó en su preocupacion, á fin de cubrir con el nombre de matrimonio la aversion á la continencia que los nuevos errores le habian inspirado. Casóse en efecto, despues de una vana apariencia de reforma y de algun tiempo de disimulacion; pero perseverando todo su clero, escepto el dean y

(1) *Sleid. l. 15. et 16.*

cinco canónigos de la catedral, con firmeza invencible en la pureza de la fe, se logró por último que fuese escomulgado y depuesto por el Papa. El mismo Emperador, despues de algunas dilaciones concedidas por política, hizo intimar sus órdenes á los estados de la provincia para la egecucion de esta sentencia (1). No mostrándose tan bien dispuestos como los eclesiásticos la nobleza y diputados de las ciudades, fluctuaba todavia el negocio, cuando el arzobispo, cuyo carácter no era la firmeza, y que temia mucho las consecuencias de una guerra próxima á encenderse en sus estados, tomó el partido de renunciar voluntariamente, dispensó por sí mismo á sus súbditos del juramento de fidelidad, y reconoció por su sucesor al coadjutor que habia nombrado algun tiempo antes en la persona de Adolfo de Schwambourg. Luego se retiró á su condado de Weiden, donde murió en su heregia á la edad de mas de ochenta años: suerte demasiadamente ordinaria en los talentos limitados, tan fáciles en desviarse del buen camino, como incapaces de volver á entrar en él.

25. Entretanto, no variando menos las resoluciones que las opiniones en Ginebra, Calvino, arrojado de aquella ciudad ignominiosamente, fue vuelto á llamar con honor por todos los síndicos y el consejo (2). El pueblo y los magistrados aplaudieron con entusiasmo su arribo; y desde aquel dia le confiaron el poder absoluto de arreglar su iglesia como lo juzgase mas á propósito. El imperioso sectario usó de

(1) *Ibid. l. 18.* (2) *Beze. in vit. Calo. ad ann. 1542.*